



## BOLETIN ECLESIASTICO

DE LOS OBISPADOS DE

# SALAMANCA Y CIUDAD-RODRIGO.

---

### ALOCUCION

**de Su Santidad el Papa Pío IX en la reunion preparatoria para el Concilio, celebrada en la Capilla Sixtina el 2 de Diciembre.**

---

Venerables Hermananos: Debiendo abrir dentro de pocos dias la reunion del santo Concilio ecuménico, nada Nos ha parecido mas oportuno y mas grato que dirigiros la palabra, Venerables Hermanos, en este momento en que, agrupados á nuestro alrededor, segun nuestro deseo, podemos espresaros el divino afecto que sentimos en lo íntimo del corazon por vosotros todos. Como se trata, en efecto, de un importantísimo asunto, cual es el de hallar remedio á tantos males como los que en esta época perturban la sociedad cristiana y la sociedad civil, Nos hemos creido que era digno de nuestra solicitud apostólica, y conveniente á la importancia de tan grande empresa, antes de que la obra del Concilio empezara, pedir para nosotros al Dios clementísimo la asistencia de su bendicion como padre de toda gra-

cia. Nos hemos creído igualmente necesario daros estas reglas, consignadas y publicadas en nuestras Letras Apostólicas, para que todo pasase con regularidad y con orden. Esto es, Venerables Hermanos, lo que realizamos hoy en esta santa Asamblea, ya que por la gracia de Dios y de la Virgen se han cumplido nuestros votos. No bastan, Venerables Hermanos, las palabras para espresar el grande consuelo que Nos da ese ansia tan legítima por vuestra parte en responder al llamamiento apostólico y acudir de todos los puntos del universo católico á esta noble ciudad para el Concilio indicado por Nos, reuniéndonos á nuestro alrededor, y siendo tan caros á nuestro corazon por vuestro ardor admirable para promover el reino de Jesucristo y sufrir persecuciones por Nuestro Señor.

Esta reunion, Venerables Hermanos, es para Nos tanto mas preciosa, quanto Nos seguimos las huellas de los Apóstoles, que nos han dejado grandes ejemplos de su union íntima con el divino Maestro. La Escritura Santa nos muestra, en efecto, que cuando Nuestro Señor Jesucristo recorría las ciudades y las aldeas de Palestina predicando y anunciando el reino de Dios, los Apóstoles, movidos por el mismo celo, se hallaban á su lado, acompañándole los Doce por donde quiera llevaba sus pasos. Esta union de los Apóstoles se muestra especialmente cuando el Maestro celestial, levantando la voz en Cafarnaum ante los judios, discurrió largamente sobre el misterio de la divina Eucaristía. Entonces, en efec-

to, cuando aquella multitud, dejándose llevar de una idea grosera y carnal, no pudiendo creer en tal maravilla de amor, se separó como con disgusto del Maestro; cuando muchos discípulos tambien, segun el testimonio de San Juan, se alejaron y dejaron de seguirle, no sufrió detrimento el afecto íntimo y la veneracion de los Apóstoles; y habiéndoles preguntado Jesus si tambien ellos iban á abandonarle, Pedro, afligido por la duda, exclamó: «Señor, ¿á quién iríamos?» Y dió á seguida la razon que le hacia seguir al Señor con fé constante: «Tú tienes las palabras de vida eterna.»

Llenos de estos recuerdos, ¿qué otra cosa mas grata podemos tener mas profundamente grabada en el corazon? Ciertamente, ni aun en esta reunion formada en nombre de Jesucristo, nos libraremos de la lucha y de las contradicciones: Nos hemos de desconfiar del hombre enemigo que desea especialmente sembrar la zizaña; pero el recuerdo de la firmeza y constancia apostólicas que merecieron este elogio del Señor: «Vosotros habeis permanecido conmigo en los dias de las pruebas:» el de la declaracion positiva de Nuestro Redentor: «Quien no está conmigo, está contra mí;» y en fin, el de nuestro deber, nos obligan á hacer todo esfuerzo para seguir á Nuestro Señor Jesucristo con fé inquebrantable, permaneciendo siempre con corazon unánime adheridos á Él.

Tal es, en efecto, Venerables Hermanos, la situacion en que Nos vemos, y en la que desde hace mucho tiempo

venimos librando rudos combates con numerosos y terribles enemigos. Es, pues, necesario que nosotros Nos sirvamos de las armas espirituales de nuestra milicia, y que soportemos todo el choque del combate, apoyándonos en la autoridad divina, y parapetándonos detras del escudo de la caridad, de la paciencia, de la oracion y de la constancia. Pero no se tema que las fuerzas nos falten en esta lucha, si nosotros queremos fijar nuestros ojos y nuestro espíritu en el autor y *consumador* de nuestra fé. Porque si los Apóstoles, unidos por la vista y por el pensamiento á Jesucristo, alcanzaron fuerzas y valor para soportar valerosamente todas las pruebas, nosotros tambien, en la constante contemplacion del misterio de nuestra Redencion, de donde emana una virtud divina, encontraremos fuerza y energía para triunfar de las calumnias, de las injusticias y de los engaños de nuestros enemigos, teniendo el gozo de conseguir de la Cruz de Cristo la salud para nosotros mismos, y aun para los muchos desgraciados que viven fuera del camino de la verdad.

Peró no es bastante la contemplacion de nuestro Redentor; es necesario que esta contemplacion vaya revestida de una gran docilidad de espíritu, á fin de que escuchemos su enseñanza con toda la humildad y ternura de nuestro corazon. Porque lo que el Padre celeste ha ordenado en el momento en que Cristo Nuestro Señor revelaba su gloria en la cumbre de una montaña á presencia de los elegidos: «Este es mi Hijo amadísimo en

quien Yo he puesto todas mis alegrías: escuchadle, » nosotros debemos cumplirlo escuchando á Jesus con respetuosa atencion, y escuchándole en todo sin duda alguna, pero mas principalmente en lo que Él mismo, previendo las dificultades con que se habia de luchar, hizo muchas veces objeto de ruego á su Padre, y tuvo presente en la última cena: «Padre Santo, conservad en vuestro nombre á los que Vos me habeis dado, á fin de que ellos sean uno, como nosotros somos uno.» Que todos tengan en Jesucristo una sola alma y un solo corazon. Ningun consuelo habrá para nosotros mayor que el de prestar dócil oido á las advertencias de Cristo; y hé aquí la razon de reconocer que estamos con Él, y que en nosotros encontraremos la prenda evidente de eterna salvacion. «Porque el que es de Dios, escucha la palabra de Dios.»

¡Que Dios Topoderoso y misericordioso, por la intercesion de la Virgen Inmaculada, confirme con su gracia estas palabras de nuestra Alocucion pontificia, que salen del fondo de nuestro corazon, y que Nos sea propicio para que ellas consigan numerosos frutos! ¡Que el Señor vuelva su cara hácia vosotros, Venerables Hermanos, y que colme con la gracia de sus bendiciones vuestros cuerpos y vuestras almas; vuestros cuerpos, para que tengais la fuerza de sufrir valientemente, y con alegría, las fatigas inseparables de vuestro ministerio; vuestras almas, para que, henchidas de gracia celestial, deis el glorioso ejemplo de verdadera vida sacerdotal y de todas las

virtudes que son necesarias para salvar el rebaño de Cristo! ¡Que la gracia de esta bendicion os acompañe constantemente, y os inspire todos los dias de vuestra vida, á fin de que ellos sean llenos de santidad y de justicia, obteniendo el fruto de vuestras obras, en las cuales encontrareis la verdadera riqueza y la verdadera gloria. Y que tambien nosotros podamos, despues de haber recorrido dichosamente nuestro peregrinaje mortal, decir en el último dia de nuestra vida: «Yo me he alegrado de las palabras que se me han dicho; nosotros iremos á la mansion del Señor;» y nos sea dado encontrar abierto el camino de la santa montaña de Sion, de la Jerusalem celestial.

### LA APERTURA DEL CONCILIO.

En una correspondencia fechada en Roma el 8 de Diciembre, leemos lo siguiente: «Ha concluido la primera sesion del Concilio Vaticano en medio del mayor orden, decoro y magnificencia, cerca de las tres de la tarde. Por la inmensa puerta que estaba abierta, pudo ver el pueblo el maravilloso espectáculo de la Iglesia católica congregada. Los Padres que votaron ascendian próximamente á 900. Desde que el mundo existe no se ha visto jamás reunida asamblea tan imponente. El Santo Padre pronunció una solemne alocucion, que se repartió despues impresa. Monseñor Luigi Puecher-Pasa-

valli, Arzobispo de Iconio, del orden de Capuchinos de Monte Santo, pronunció un magnífico discurso en latin. Cuando llegó la votacion de los decretos pronunciados desde el púlpito, á pesar de que el ritual prescribe que cada Padre emita su voto nominalmente, dos salvas de *placet* resonaron simultáneamente en la Iglesia, y fueron oidas por la multitud reunida.

El pueblo cantó juntamente con los Padres *Veni Creator* y el *Te-Deum* al final. Al aspecto imponente de la Asamblea de toda la Iglesia docente reunida con su Jefe, más de una lágrima rodó por las mejillas de hombres muy sérios. Los decretos formados por el Concilio y aprobados por el Pontífice, son, como todos saben, los de costumbre en las aperturas de los Concilios: 1.º De clarar que el Concilio general y ecuménico queda abierto. 2.º Fijar el dia de la primera reunion general, cosas ambas que no exigen discusion. A pesar del mal tiempo, la concurrencia ha sido inmensa. Ha sido uno de los dias más grandes que registra la historia de los siglos.

Horas despues del Concilio, Roma quedó tranquila como un monasterio. El Santo Padre, al recitar su discurso al Concilio, accionaba con majestad y solemnidad, y su voz se oia desde el brazo opuesto de la Iglesia, aunque no se percibian las palabras.»

---

*De una Carta pastoral dada por Mgr. Charvaz, Arzobispo de Génova, á sus diocesanos, copiamos los siguientes párrafos que pintan bien á lo vivo el carácter de los emisarios de que se valen los protestantes para esparcir sus errores.*

«¿Quiénes son dice los emisarios protestantes que vienen á inquietaros y á turbaros en la fé?

Son casi siempre hombres desconocidos, estrangeros, aventureros que no os ofrecen ni pueden ofrecernos ninguna garantía, ni por su ciencia ni por su probidad. Son gentes pagadas por las diversas sociedades bíblicas, ó por las diversas sociedades pretendidas evangélicas, para hacer el vil comercio de corruptores de vuestra fé, y que no sabiendo como ganarse honradamente la vida en su país (1), se alistan bajo las banderas de esas sociedades para distribuir sus libros y difundir sus errores. Son gente sin casa ni hogar, que no creen verdaderamente nada, y que repiten como papagayos dos ó tres textos mal interpretados de la Sagrada Escritura, con los cuales se les ha encargado que atruenen vuestros oídos, á fin de hacer sospechosas vuestras creencias y de escitar dudas contra la fé en vuestro espíritu.

---

(1) Un inglés, protestante, M. Ch. Marsh, que parece conocer bien á los misioneros enviados al estranero por las sociedades de la propaganda, les ha proclamado en pleno parlamento, apóstatas de la lanzadera y de la vigornia y renegados de las artes mas viles.

Un ministro de la *Sociedad evangélica* lamentándose de los muchos escudos y sacrificios hechos, y enteramente perdidos, confesaba con amargura que tenia por cooperadores hombres sin inteligencia religiosa, indiferentes é incrédulos (1).

El comité de la Sociedad bíblica de Lóndres cree que todo incrédulo puede ser muy buena gente. Sus hermanos en Escocia van mucho mas lejos. Uno de ellos decia sin rodeos que no dudaría en servirse del demonio mismo. ¿Y á tales hombres, que quizá no gocen de ninguna consideracion en su pais; á tales aventureros que son verdaderamente la escoria de su nacion; á tales sembradores de desórden que el célebre protestante Cuvier no teme llamarles francamente *grandes malvados* (2), habeis de abandonar vuestra conciencia, vuestra fé y vuestra religion? De seguro que no os conduciríais así si se tratase de la eleccion de un criado para vuestro servicio, ó de un cajero ó de un tenedor de libros para vuestro comercio..... Queriais sin duda, y con razon, tener ga-

---

(1) El doctor Kaill, en una carta al lord Carlisle, hablando de los pretendidos propagadores del evangelio en Italia, les llama «revolucionarios, calumniadores públicos, una banda de conspiradores extranjeros, y perturbadores mercenarios de la paz pública.» (Anales católicos de Génova, t. I. p. 277.)

(2) Yo no creo, Señores, dice en el Monitor francés de 16 de Abril de 1819, yo no creo que cualquiera de nosotros dude de la felicidad de un pais en donde reina la misma creencia, la misma religion, las mismas leyes espirituales, y temporales, y por consecuencia, los mismos sentimientos. Si tal Estado existe, *el que tentase alterar todas estas cosas sería ciertamente un gran criminal.*

rantias sobre su capacidad, sobre sus costumbres, sobre su probidad. ¿Y no habeis de pedir ninguna á los que vienen á predicaros que renunciéis á vuestra fé, que cambiéis de religion? No pedireis ninguna garantía á esos empresarios de reformas religiosas, á esos detractores del sacerdocio católico, á esos enemigos de la paz de vuestras conciencias, de la tranquilidad de vuestras familias? Pues qué! el santuario de vuestra conciencia, el patrimonio de vuestra religion, serán como aquella viña de que habla Isaias (Isa., V, 5.) que no tiene vallado ni muro para su defensa, que está abierta á las escursiones del primero que llega, aunque sea el animal mas inmundado? Habreis olvidado ya que el apóstol San Pablo condena al anatema á cualquiera que predique otras doctrinas distintas de las que él mismo anunciaba? (Gal. I., 8, 9).

Habréis olvidado, que el apóstol San Juan os recomienda que no creais á toda suerte de espíritus, sino que le examineis á fin de aseguraros si vienen realmente de Dios, porque hay, dice, muchos falsos profetas, es decir, falsos doctores, falsos evangelistas, que se han levantado en el mundo para inducir á los fieles en error y hacerles perder el mérito de su fé? (1 Joan. IV, 1.)

Qué ligereza! qué imprudencia! ó, mas bien, que ceguedad no sería la vuestra si en una materia tan importante, ó mejor dicho, la mas importante, y aun comparativamente á toda otra, la sola importante, prestáseis oído al primer advenedizo y diéseis fé á sus palabras!

En esto daríais una prueba de que jamás habeis conocido los fundamentos inquebrantables sobre cuales reposa vuestra fé; que sois incapaces de dar razon de ella, y que vuestra sumision á la doctrina y á la Iglesia de Jesucristo no tuvo jamás nada de sólida ni de razonable. (1. Petr., III, 15.)»

---

*Han ingresado en la Hermandad de Sufragios mútuos del Clero de la Diócesis los Señores siguientes:*

Números.

438 D. Antonio Puerto Calama. Párroco de San Andrés de Ciudad-Rodrigo.

439 D. Eugenio Canto, Coadjutor de id.

440 D. José Calvo, Ecónomo de S. Cristobal de id.

441 D. Juan Marqui, Coadjutor de id.

442 D. José Marqui, adscrito en id.

443 D. José Acosta, Capellan de las Religiosas de Santa Clara de id.

444 D. Miguel Gomez, Párroco de Atalaya.

445 D. Santiago Jimenez, Capellan de la Santa Iglesia Catedral de Ciudad-Rodrigo.

446 D. Prudencio Hernandez, Párroco de San Isidoro de id.

---

## NECROLOGÍA.

---

En 4 de Diciembre de 1869 falleció D. Manuel Fraile, Párroco jubilado de Machacon, en 6 del mismo Don Domingo Sanchez, Párroco de Pajares y en 8 tambien del mismo el Presbítero D. Francisco Aparicio, todos de este Obispado. Los dos primeros pertenecian á la hermandad de sufragios del Clero con los números 61 y 259 respectivamente. R. I. P.

---

## ANUNCIOS.

---

Calendario Católico de 1870 para toda España por una Sociedad de Eclesiásticos y escritores católicos, con aprobacion de la autoridad eclesiástica.

Se vende en Madrid en las librerías de Impresores y Libreros, de Aguado, de Lopez, de Olamendi y demás librerías religiosas, y en casa del editor D. Tomás de la Riva, calle de S. Bernardo, 76. Su precio 3 reales: con retratos 4 y medio.

En los mismos puntos se halla la obra completa de Rúbricas de Monseñor Baldeschi, Maestro de Ceremonias del Vaticano de Roma, traducida y adicionada por los Presbíteros D. Anastasio García y D. Tomás de la Riva. Su precio 12 reales en rústica, y 15 en tela ó pasta. En provincias 14 y 17 respectivamente.

---

IMP. DE OLIVA Y HERMANO.